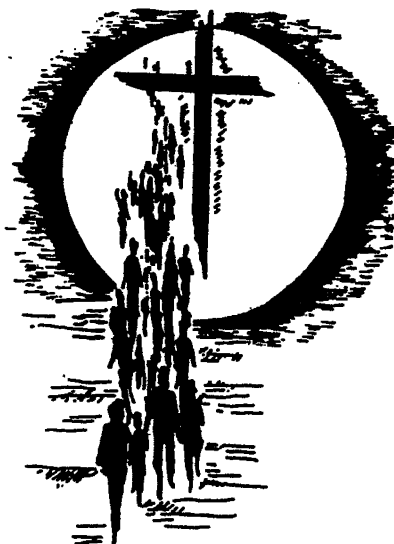


EL MARTIRIO HOY EN AMERICA LATINA: ESCANDALO, LOCURA Y FUERZA DE DIOS

Juan Hernández Pico



Una de las formas como la Iglesia da testimonio de santidad es el martirio, amor hasta el don de la propia vida. Hoy en América Latina vivimos una era de mártires. El P. Hernández profundiza en los rasgos y el sentido que el martirio presenta en el contexto histórico y real de nuestro continente.

1. Enmarque: Iglesia martirial en naciones católicas y en un mundo secular y tolerante.

El principal mensaje que la fe eclesial en Jesucristo envía hoy desde América Latina es el clamor de la sangre de sus mártires. Para el creyente este clamor es la protesta del justo asesinado. Es también el testimonio de un amor a la vida llevado hasta la paradoja de entregarla. Difunde una esperanza indestructible. Mantiene viva la memoria de hombres tenidos por insignificantes y que afirman, sin embargo, que por su vida y su muerte pasa hoy el futuro de la historia. Es sobre todo reivindicación del valor del don gratuito de la vida en fidelidad a la causa de los pobres como causa de Dios. Pero nada de esto es evidente.

Asombro e incredulidad fueron las primeras reacciones a que la Iglesia Latinoamericana sea hoy una Iglesia de mártires. Primeramente, porque los mártires eran católicos asesinados en naciones caracterizadas como católicas. Estallaban así los esquemas de que la Iglesia sufría martirio en el siglo XX exclusivamente donde el comunismo ateo había tomado el poder. Segundo, porque se asesinaba a los mártires en naciones de civilización occidental, secular y tolerante, al menos en sus ideologías oficiales. Volaba así por los aires la seguridad de que el fanatismo había sido aplastado en occidente con la derrota y el desprestigio de la irracionalidad nazi-fascista. Finalmente, porque en Occidente el cristianismo parecía pertenecer al orden de valores respetables y las Iglesias al núcleo de instituciones poderosas. Se derrumbaba la costumbre de ver la fe amenazada solamente por intelectuales radicales o jóvenes iconoclastas, al fin y al cabo inofensivos en los márgenes de la sociedad.

Hoy no existen ya tal asombro e incredulidad. Indignación y admiración, provenientes tanto de instituciones aconfesionales defensoras de los derechos humanos como de ambientes eclesiales internacionales, denuncian la represión política en cuyo contexto acontecen hoy los asesinatos de los mártires en A.L. y celebran a los mártires. Parece importante, con todo, rescatar el primer asombro y la primera incredulidad. Ni la inclinación apologética de los obispos católicos ha dejado de insinuar el grado de superficialidad de la influencia cristiana en países latinoamericanos llamados católicos: "En esta angustia y dolor (causados por el "insulto" de la opulencia a costa de la miseria de grandes masas), la Iglesia discierne una situación de pecado social, de gravedad tanto mayor por darse en países que se llaman católicos y que tienen la capacidad de cambiar" (Puebla n. 28 y cfr. n. 1300). La denuncia de esta situación es un deber "más aún cuando los gobernantes o responsables se profesan cristianos" (Ibid. n. 42). La pretendida tolerancia que la cultura secular habría aclimatado en occidente se presenta a la sospecha de los Obispos católicos, esta vez más acorde con su talante, al ver tal cultura inspirada por la ideología del secularismo: "En unión con este secularismo ateo se nos propone todos los días...una civilización de consumo

...una voluntad de poder y de dominio, de discriminaciones de todo género..., otras tantas inclinaciones inhumanas de este 'humanismo'" (Puebla n.435).

El martirio de los católicos levantó un cierto asombro al develar que el cristianismo de su cultura no había conseguido el arraigo maduro de una convocatoria al amor fraternal acreditado en obras de justicia hacia los empobrecidos y oprimidos. El martirio se convertía en denuncia de un cristianismo vertical desencarnado, privilegio patrimonial de ricos y poderosos. Pero, estando como está la estructura anticristiana de la sociedad latinoamericana vinculada causalmente al enriquecimiento y la dominación de los países líderes de occidente, el martirio de los católicos ha desvelado también la intolerancia presuntamente desterrada de su civilización secularista. Se ha convertido así en denuncia de la intransigencia hegemónica del "norte" y en exposición de las víctimas que el capitalismo post-industrial reclama en A.L., aparentemente en nombre del anticomunismo, en verdad en nombre de la acumulación de riqueza no compartida.

La sorpresa y la incredulidad provenían del anacronismo. Ni vivimos en el mundo imperial romano, apoyado en la divinización del poder, ni tampoco en el mundo de los siglos IV a VI o de los albores del capitalismo, desgarrado por disputas teológicas a vida o muerte. Por otro lado, la Iglesia latinoamericana parecía haberse resignado a no dictar a los gobernantes legislaciones conservadoras; parecía, pues, desaparecida toda provocación para perseguirla. El estallido de la persecución, en cambio, y la abundancia de los mártires ha desenmascarado el carácter de ídolo intrínseco al absolutismo de la lógica de explotación y dominación del capital transnacional. Esta clara acusación al último responsable de la sangre de los mártires latinoamericanos, "aunque global, es mucho más importante que una respuesta detallada sobre los autores inmediatos de hechos persecutorios". El clamor de la sangre de los mártires se convierte así en el mensaje principal, contra los ídolos, de la fe eclesial en Jesucristo desde América Latina. Desde las entrañas de este clamor podría escribirse hoy otro Apocalipsis que señalara claramente la "bestia que sale del mar" (Ap 1, 1) o "la

gran prostituta...sentado al borde del océano" (Ap 17,1).

Existe también otro mensaje más crucial. Está constituido no tanto por la denuncia cuanto por el don gratuito de la esperanza de los mártires y de su fidelidad a la esperanza de los pobres. En su resistencia contra la lógica implacable del capital idolizado, afirman ellos, más allá del temor, la esperanza en el Reino de Dios que se acerca y el valor para las multitudes de la lucha por las aproximaciones históricas a ese Reino. La presencia y el recuerdo martiriales inquietan al mundo drogado del consumismo post-industrial y revolucionan tanto el sueño paciente de siglos de los miserables como el sueño tranquilo de sus dominadores.

La singularidad histórica de este testimonio se encuentra, a mi juicio, en el contexto de revolución política hacia la justicia donde acontecen la persecución y el martirio de la Iglesia latinoamericana. También, en el testimonio de lo débil y gratuito, como fuerza de humanización en la lucha por la justicia, frente a lo poderoso y lo heroico. Finalmente, en la dificultad al interior de la Iglesia del reconocimiento de tal persecución y martirio. De esta singularidad trataré a continuación.

II. El martirio dentro de la revolución política hacia la justicia.

En A.L. el martirio contemporáneo es posterior al despertar de la resistencia contra la injusticia y la dominación. Tomando como hito histórico para el comienzo de tal resistencia 1910, año de la revolución mexicana, constatamos que sus caudillos más populares, Zapata y Villa, a pesar de proceder de la mayoría penetrada por la religiosidad popular, ni combatieron en nombre de su fe ni fueron legitimados por pastores de la Iglesia. No debe extrañarnos. Pablo escribió que para invocar el nombre del Señor hace falta haber oído hablar de él, y que esta escucha es imposible si no hay quien lo anuncie (Rom 10,14). Es claro que un anuncio cristiano que hasta años después de 1910 no contenía una relación enfatizada entre fe en Jesucristo y lucha por la justicia, mal podía despertar una resistencia cristiana a la

opresión. En Puebla los obispos católicos expresarán esto: "En pueblos de arraigada fe cristiana, se han impuesto estructuras generadoras de injusticia" (n.437). Ni entre los mineros de Chile al comienzo de siglo, ni en El Salvador en 1932, ni en 1954 en Guatemala, estuvo presente la inspiración eclesial dentro de la resistencia a la opresión que causó represiones salvajes.

En México, en este siglo se dieron persecución y mártires anteriores a los de hoy, con gran virulencia y notable coraje cristiano, según la perspectiva. Pero en las causas objetivas de la resistencia eclesial a la revolución mexicana parecieron mezclarse la justa defensa de la libertad religiosa con la tenacidad conservadora de privilegios institucionales. La contestación cristiana del Estado mexicano perseguidor resultó ambigua, al provenir de una conciencia eclesial tributaria del modelo de evangelización aliado con el poder tradicional.

Parece paradigmático, con todo, que el martirio en la Iglesia, especialmente cuando ha sido masivo, se ha originado en un enfrentamiento de la fe cristiana con el poder. A propósito de las persecuciones de los primeros siglos cristianos se ha escrito que "el cristianismo era una amenaza para el culto del Estado y su extensión tenía el peligro de arruinar el paganismo oficial. Nadie admitiría entonces que Roma, y con ella el Imperio romano, pudiera subsistir sin los dioses nacionales: así se explica que la persecución más encarnizada proviniera de los emperadores mejores y más romanos" (Dict. de Théol. Cath., X.-8, 233-234). Igualmente los mártires protestantes y católicos en los albores del capitalismo, fueron testigos de la fe en resistencia a un Estado impositor, incluso por la violencia, de una confesión cristiana nacional: cuius regio eius et religio. Nadie se extrañará de estas y otras instancias históricas si reflexiona en que Jesús de Nazareth, "pionero y consumidor de la fe" (Heb 12,1), fue ejecutado, como enemigo del Estado, "extra muros de la ciudad" (Heb 13,12).

La resistencia cristiana martirial contra el Imperio romano no conllevaba directamente, sin embargo, una contesta-

ción del sistema social y su vertebración de poder. No es contra el esclavismo o frente a las conquistas imperiales como se resistió hasta el martirio. Se trató más bien de la desdivinización del poder, bien en un desafío directo a sus pretensiones (cfr. Ap 13,8; 14, 10-12; 20,4), bien por causa del derecho de "hablar y enseñar sobre la persona de Jesús" (Hch 4,18; 5,29-30). Es innegable que los cristianos rescataban la memoria, peligrosa para el Estado, de alguien que "había sido excluido de la sociedad humana" y calumniado por un "mundo impío, injusto e idólatra". Su camino, su alternativa de vida, radicalizada por la fe en el Resucitado y por la confesión de El como Hijo de Dios, suponía un germen de enfrentamiento con la tendencia idolátrica de la gloria y el poder de este mundo. Los mártires del protestantismo y del catolicismo de la contrareforma, defendieron igualmente la libertad de la conciencia religiosa que se somete sólo a Dios, como lo muestra el paradigma de Tomás Moro.

Hoy en A.L. la persecución y el martirio acontecen también dentro de un desafío al poder como expresión concreta del derecho de hablar y enseñar sobre la persona de Jesús. Pero esta persona de Jesús aparece mediada por los rostros de los crucificados de hoy que custodian el sistema social y la vertebración de poder que los crucifica. Los "gérmenes del Verbo" descubiertos por la Iglesia en la lucha revolucionaria justa, el nacimiento en un pueblo oprimido y creyente, de la conciencia de compatibilidad entre la resistencia a la opresión y el seguimiento de Cristo, la resistencia contenida en la predicación eclesial contra la injusticia como pecado social, han afianzado movimientos revolucionarios de los oprimidos, trascendidos frecuentemente de inspiración cristiana. La persecución y el martirio han sido la respuesta de un sistema que no puede sobrevivir sin odiar, en la práctica de su poder, la justicia.

Este odio, necesario estructuralmente, se traduce, p.e., en la experiencia guatemalteca en manifestaciones psicosociales de horrible crueldad. Este es el testimonio de un catequista católico indígena sobre la práctica del ejército en su ofensiva en Chimaltenango en Diciembre de 1981: "Hay otro

catequista que encontramos con los otros compañeros..., así vivos los crucificaron, en medio del camino. Así...dos estacas en las manos, una en el mero estómago, otra en los meros pies y una en sus cabezas..." . Ya en Marzo de 1976, el Coronel Reyes, comandante de la zona militar del Quiché habló así a 200 maestros de esa región: "Si quieren estar vivos y no ser secuestrados o asesinados, apártense de la Iglesia, pues el ejército ha decidido barrer esa mierda de Guatemala" .

Los cristianos se han ido adentrando en A.L., en nombre de Jesucristo, en la resistencia a los poderes que asesinan y reprimen la participación digna del pueblo en la forja de la historia. Obispos, sacerdotes, religiosos y religiosas, y laicos han comenzado así a ser perseguidos y asesinados, a veces en nombre de la civilización cristiana, como agitadores y subversivos, ciertamente sin necesidad de decretos antireligiosos, como no hubo necesidad de cambiar la ley judía o romana para ejecutar a Jesús como tal (cfr. Ic 25, 2. 5.14; Jn 18,30; 19,7.12), sino sólo de utilizarla astutamente. Se los asesina masiva y selectivamente como participantes en una rebelión contra el poder, que siente desvanecerse su legitimación religiosa por causa de la predicación eclesial defensora de la vida y denunciante de las condiciones mortales de vida que prevalecen.

La Iglesia es a veces lúcidamente consciente de esta singularidad histórica de su martirio. Tal clarividencia se ha dado en Monseñor Romero, el Obispo mártir. Romero supo y proclamó que esta Iglesia, al irse comprometiendo con la vida de los pobres, "tiene que correr el mismo destino de los pobres: ser desaparecidos...torturados...capturados, aparecer cadáveres" . El Arzobispo ubicó el martirio de los cristianos dentro del compromiso con un pueblo oprimido y creyente, pero en lucha, y así proclamó que "quienes siguen luchando en las organizaciones políticas-populares y no traicionan su fe sino que acuden a sus comunidades cristianas a alimentar de fe su lucha y a confrontar con su fe sus criterios políticos, estos van muy bien" . Consecuentemente, para Romero, los sacerdotes, los catequistas, no son los primeros mártires de esta historia contemporánea sino que participan

en el martirio de un pueblo pobre injustamente masacrado: "Se gloría nuestra Iglesia de haber mezclado su sangre de sacerdotes, de catequistas y de comunidades, con las masacres del pueblo y haber llevado siempre la marca de la persecución" . El don de Dios a esta Iglesia ha sido, para Romero, el descubrimiento del rostro del crucificado en los pobres: "Nada hay tan importante para la Iglesia como la vida humana...Sobre todo la persona de los pobres y oprimidos, que -además de ser humanos- son también seres divinos, por cuanto de ellos dijo Jesús que todo lo que con ellos se hace El lo recibe como hecho a El. Y esa sangre, la sangre, la muerte, están más allá de toda política" .

La Iglesia que Romero ejemplifica excelentemente se ha encontrado con Dios en la identificación con la historia de los pobres hoy en A.L.; ahí ha redescubierto al Dios de la vida y ha tenido que romper con la política de un sistema que reclama la sangre de los pobres. Ha quebrantado así su modelo de evangelizar apoyándose en el poder, confesional o culturalmente cristiano. Cuando esta Iglesia recuerda a sus perseguidores "cristianos" que están excomulgados, y presiente su burla, se atreve a sacar las consecuencias de su nueva ubicación en la historia de los oprimidos: "Tal vez haga pensar que lo que hace esta Iglesia identificada con el pueblo es ratificar la excomunión, o sea, el repudio del mismo pueblo" .

El martirio en esta singularidad histórica es un clamor, un mensaje de Cruz, escandaloso para quienes-como "los judíos"- demandan una Iglesia al lado de la riqueza y el poder. Pero la debilidad de la cruz del Obispo Angelelli (Argentina), de Luis Espinal (Bolivia), de Frei Tito (Brasil), de Ita, Maura, Kathy y Jean (El Salvador), de los 21 sacerdotes asesinados en Guatemala y El Salvador, de los innumerables laicos masacrados en la lucha por la justicia y en la paciencia de la represión, esta debilidad patente en la hora del poder, "cuando mandan las tinieblas" (Lc 32,53)", es fuerza de Dios; es "voz de la justicia (que) nadie puede matar ya" , "voz de los que no tienen voz...", pobre voz (que) encontrará eco en aquellos que aman la verdad y aman de verdad a nuestro querido pueblo" .

III. Martirio: testimonio de debilidad y gratuidad frente al poder y al heroísmo.

Tradicionalmente la Iglesia ha tenido un extraordinario cuidado pastoral para servir a quienes estaban amenazados por el martirio en la persecución: "Los fieles de los primeros siglos tenían la costumbre de ir a visitar a los cristianos en su prisión; les llevaban caritativamente víveres, vino mezclado con mirra para ayudarles a soportar las torturas... Los diáconos llevaban la Eucaristía a los futuros mártires, los sacerdotes celebraban la misa en sus calabozos para prepararlos al sacrificio supremo" (Dict. de Théol. Cath., X-8, 228).

La realidad profunda que aquí se nos desvela es el realismo cristiano, consciente de la posibilidad de ceder en la prueba, intrínseca en la debilidad de la condición humana. Se trata de la admisión sencilla del amor a la vida que rechaza visceralmente la muerte, así sea en el martirio. El seguimiento de Jesús es también aquí pauta para esta conducta. Frente a la inminencia de su martirio, Jesús oró agónicamente para poder aguantar su lucha por la vida reprimida en la muerte; recomendó esta oración a sus amigos en una confesión angustiosa frente a la injusticia de su muerte: "Me muero de tristeza... Estén en vela y pidan no ceder en la prueba: el espíritu es animoso pero la carne es débil" (Mc 14,34.38).

Jesús de Nazareth llevó ciertamente a sus últimas consecuencias la resistencia de los profetas de Israel. Se opuso a la tergiversación de Dios, convertido, en el templo judío de su tiempo, de un Dios de liberación en un Dios de opresión del pueblo, especialmente de los pobres, a través de la comercialización del culto (cfr. Jn 2, 13-22). Se trataba de un templo, trastocado de tienda de campaña, a la que Dios bajaba para acompañar a su pueblo en su historia de liberación, en santuario legitimante del poder explotador, al que el pueblo subía dejando abajo su historia de opresión. Jesús usó en esta oposición elementos de violencia (el azote para expulsar a los comerciantes del templo, la cólera frente a la obcecación de los defensores de la ley opresora -Mc 3,5-, la fuerza incluso insultante de su denuncia -Mt 23,13

-36; Lc 6, 24-26, etc.). Se impuso, sin embargo, un límite: renunció a la resistencia a la muerte por la fuerza. Y acompañó su agresividad con un dolor hondo por la obcecación de sus enemigos (Mc 3,5), llamando siempre a la conversión (Jn 2,16; 19,23, etc.), y perdonando a sus asesinos.

El horizonte estrechamente nacionalista del zelotismo revolucionario en su pueblo constituyó un condicionamiento histórico para tal renuncia. Más profundamente encontramos su conciencia de anunciar que, en este mundo, el amor mayor se significa en última instancia menos ambiguamente por la entrega libre y paciente de la propia vida y por el perdón de quienes la arrebatan injustamente. Forma parte de esa profundidad el signo puesto en indisoluble unión con la pretensión de que su fuerza está en la paternidad de Dios, cuyo amor es leal hasta el dolor de entregar a su Hijo a la fuerza histórica de la opresión y de la muerte, dadas en la condición humana. Finalmente Jesús afirma ese signo con la convicción, basada en su inaudita intimidad con el Padre, de que el amor de Este hace triunfar la vida en la muerte y da un futuro absoluto de justicia a las personas y a la historia.

En la revolución política hacia la justicia, contexto dentro del cual la Iglesia de A.L. acepta hoy su persecución y martirio, el recuerdo de la debilidad humana, la memoria de esta última falta de resistencia ante la muerte y del perdón de quienes injustamente arrebatan la vida de los mártires y hacen agonizar a la Iglesia, son testimonios irrenunciables.

La conciencia de su debilidad hizo que los mártires cristianos de Lyon, a fines del siglo II, según leemos en la carta a las Iglesias escrita por su comunidad, después de haber prevalecido en la tortura, "no sólo no permitieran que se les llamara mártires, sino que en medio de raudales de lágrimas, conjuraran a sus hermanos a ofrecer a su intención oraciones continuas para que resistieran hasta el fin" (Dict. de Théol. Cath. X-8, 252). Aquí no encontramos un heroísmo autosuficiente o confiado en la fuerza solidaria y en la claridad política. Más bien hallamos una humildad sencilla, consciente

de que el amor a la vida puede traicionar hasta la más firme conciencia subjetiva de la función revolucionaria que se está dispuesto a realizar como miembro de una clase social protagonista de la historia. Esta humildad está también presente en los mártires de hoy en A.L.. Monseñor Romero, poco antes de su muerte, contestó así a esta pregunta de la prensa: -"Y en esa guerra, Monseñor..., Ud. como pastor, ¿seguiría al lado del pueblo?" -"Este es mi propósito, y le pido a Dios que me ayude a ser lo suficientemente fuerte, porque temo la debilidad de mi carne. En los momentos difíciles todos tenemos miedo, el instinto de conservación es muy fuerte, y por eso pido ayuda."

Ernst Bloch ha destacado el contraste entre el héroe socialista y el mártir cristiano. El holocausto de aquél "es diferente del de los mártires anteriores, ya que estos, casi sin excepción, morían con una oración en los labios y creían haber ganado el cielo". Explica Bloch que para el héroe socialista sacrificado "la asociación que acepta lo humano por encima de la muerte...está dada...utópicamente...en la lucha contra la bestia de la opresión, el servicio de la tendencia incansable de libertad, que alza sobre sí a sus combatientes, que hace surgir lo mejor en ella y todos los oprimidos. Aquí el mártir rojo se siente acogido, y ello precisamente porque no quiere ser un mártir, sino un combatiente inquebrantable también para sí, para su ser consolidado, convincente, fecundo". No pretendo restar grandeza a esta exaltación del mártir socialista ateo. Precisamente el amor alimentado en la solidaridad de los oprimidos puede volver fecunda esta grandeza. Pero es ésta sólo una alternativa del futuro. La historia de muchos socialismos reales, a los que no faltó solidaridad en su lucha antes de la toma del poder, muestra otra alternativa para tal heroísmo grandioso: el endurecimiento de las condiciones posteriores de vida social, la supresión de millones de seres humanos, y la esterilidad, parcial al menos, de la "tendencia de libertad".

La debilidad confesada de los mártires cristianos hoy en A.L. puede llegar a ser un elemento humanizador de este heroísmo, basado en la entereza y en la solidaridad de clase. Porque puede desvelar que la humanización pretendida revolu-

cionariamente, no sólo puede ser oscurecida "por la insuficiencia" ni sólo "amargamente alejada por desviaciones". La insuficiencia, las desviaciones, el error político, no tienen su última raíz, según la fe cristiana de los mártires, en la inmadurez de la condición humana siempre madurable, sino en su perversión siempre posible por la caída en la prueba, es decir en lo que la fe llama el pecado, corruptor del corazón humano y capaz de socializarse corrompiendo las estructuras más humanamente proyectadas. El escándalo de la fe cristiana reside también en su afirmación del pecado como rechazo del amor de Dios y, por ello, posible destrucción de proyectos humanos e históricos, más allá de la estupidez, banalidad o error humanos. La cruz de Jesucristo es escándalo y locura porque es testimonio de que el pecado humano es capaz de matar al Hijo de Dios, y así de intentar matar la solidaridad absoluta de Dios con la esperanza histórica de los pobres. El perdón, la misericordia y la ternura, no frente a la explotación u opresión de clase, sino frente al enemigo de clase y, por supuesto, frente a la insuficiencia y debilidad de compañeros solidarios, pueden adquirir en el testimonio de los mártires cristianos un valor de humanización revolucionaria, que se encuentra amenazado en el heroísmo convencido del revolucionario ateo. "Ya puedo dejarme quemar vivo que, si no tengo amor, de nada me sirve" (1Cor 13,3).

Además, la grandeza del héroe materialista ateo en la entrega combatiente de su vida, prescindiendo "de todo consuelo tradicional", depende de la convicción de que la solidaridad de clase revolucionaria iluminada por el análisis científico, constituye una "humanidad que se comprende activamente a sí misma", una humanidad que tiene en sí misma la raíz de poderse comprender en el mundo y recrearse al transformarlo militantemente hacia la esperanza contenida en el futuro. Los mártires cristianos, por su parte, en su lucha y en su fracaso aparentemente irrescatable, mantienen el consuelo de que su amor solidario con los oprimidos está garantizado por el amor indestructiblemente leal de la paternidad de Dios en Jesucristo. Bloch ha escrito también: "'En tus manos encomiendo mi espíritu': ningún griego podría haber dicho esto a sus dioses... Tanto la muerte como

la resurrección les eran ajenas". Este consuelo liberador puede ser creíble sólo a partir del martirio como parte de una lucha por la vida y por la supresión de condiciones de explotación y opresión. Una vez empeñada tal lucha, cabe testimoniar que la fuente del amor solidario que a ella conduce, está en el compromiso, firme y tierno, de Dios Padre con la esperanza histórica de los pobres.

En medio de la opacidad de la historia, los revolucionarios no creyentes de A.L., con sus héroes sacrificados, pueden aspirar a humanizar esa historia con una fidelidad solidaria que mantenga unidos "las víctimas del pasado y a los triunfadores del futuro", mientras se esfuerzan por "humanizar la naturaleza (como) fin último utópico de su praxis". Entre tanto, la Iglesia, que incluye a los revolucionarios cristianos hoy en A.L., deberá seguir recordando, para humanizar la historia, no sólo la memoria de sus mártires y de todas las víctimas -creyentes o no- que cayeron luchando por la justicia o arrasados en tal lucha, sino también la memoria peligrosa de Jesús, crucificado por los injustos y resucitado por el reivindicador de su sangre y de toda injusticia: aquel a quien Jesús llamó Padre.

Atreverse hoy en A.L. a cuestionar el heroísmo sacrificial revolucionario como fuente única de solidaridad humana creíble. Atreverse a afirmar en fe que su consistencia proviene del amor gratuito de Dios, parcial hacia los pobres y hacia las víctimas de la historia. Atreverse a afrontar el martirio desde un testimonio humilde de oración y de entrega en los brazos del Padre. Atreverse a intentar superar con el perdón (de nuevo, no heroico) la alternativa deshumanizante que acecha en la lucha por la justicia. Atreverse a afirmar que el triunfo es don de Dios aun allí donde se conquista protagonizando la historia desde la resistencia a la opresión. Toda esta serie de audacias riesgosas hacen que el mensaje, el clamor de la sangre de los mártires, siga siendo a veces, en medio de procesos revolucionarios, "locura para los griegos", es decir para una esperanza que fundamenta su riesgo propio en la dirección abierta de la historia, en el autónomo "desenvolvimiento de la riqueza de la naturaleza humana".

La solidaridad de clase y el futuro revolucionario de la historia pueden también convertirse en "ley" y dejar de ser "evangelio", buena noticia, no sólo para las víctimas del pasado (los niños y madres asesinados en el río Sumpul entre Honduras y El Salvador en 1980 o los habitantes masacrados de las aldeas indígenas de Guatemala), sino también para quienes nunca llegaron a ser participantes dignos en la forja de historia. En las actuales condiciones revolucionarias de A.L., el testimonio de los mártires cristianos será "fuerza de Dios" y no opio, si la Iglesia de los mártires, frente a la opresión lo mismo que frente a la construcción de futuro, en una historia opaca sometida al riesgo de las opciones humanas y liberada también para la promesa contenida en ellas, sigue proclamando con Monseñor Romero esta afirmación de resistencia: "Debe quedar bien claro que si lo que se quiere es colaborar con una seudopaz, un falso orden, basados en la represión y el miedo, debemos recordar que el único orden y la única paz que Dios quiere es la que se basa en la verdad y en la justicia. Y ante esta disyuntiva, nuestra opción...es clara. ¡Obedeceremos al orden de Dios antes que al orden de los hombres!".

IV. Reconocimiento de los mártires latinoamericanos en la Iglesia.

En 1978 el Documento de Trabajo, preparado para la asamblea de Obispos Católicos en Puebla, era portador de una nota sobre "el martirio", que traslucía, a golpe de distinciones, dudas abundantes sobre la autenticidad martirial de la Iglesia hoy en A.L. Esta vacilación influyó en el documento final, donde, fuera del índice analítico, en el que se apunta a la innegable realidad con la entrada "mártires", la palabra mártir o martirio no ha logrado aclimatarse ni siquiera para quienes dieron su vida martirialmente en A.L. hace siglos (Puebla nn. 92, 265, 668, 1138 y cfr. 87). Es ésta otra singularidad del martirio hoy en A.L. respecto del martirio en los primeros siglos o en los tiempos de la Reforma y Contrareforma. A menos que la preservación selectiva de la memoria de los mártires, su invocación creyente como intercesores y no la oración por su almas, la veneración universal de sus tumbas, etc., hayan oscurecido las du-

das que la cruz de los mártires pudiera haber provocado también entonces.

En A.L. se da hoy la misma variedad de mártires que en otros lugares y tiempos eclesiales. Son asesinados cristianos inocentes, niños incapaces de la decisión de ir con libertad y amor al martirio, aún colgados del pecho de sus madres. También mueren hoy adultos, pertenecientes a la jerarquía, al laicado o a la vida religiosa. Muere además combatientes, en el curso de una lucha por la justicia, al modo de aquellos soldados de los que Santo Tomás de Aquino se atrevió a teologizar que podían haber sido mártires, si habían muerto "defendiendo a la patria (republicam) del ataque de enemigos que maquinaban la corrupción de la fe cristiana" (In IV^{um} Sent., dis XLIX, q.V, a.3, quaest. 2, ad 11^{um}). Tomás afirmaba esta posibilidad por el hecho de que el combatiente sacrificado en la lucha no lucharía en directo por defender su vida sino por defender la causa de la Iglesia o el bien de la patria, en cuanto Dios manda supeditar el bien personal a este bien colectivo, el más elevado, y sólo a través de la fe se podría conocer tal bondad (cfr. Ibid. y II-II, q.124, a.4, ad 3^{um}).

De esta opinión teológica de Santo Tomás, tan discutida, habría que decir que es tanto más defendible hoy respecto de tantos cristianos caídos en la lucha por la justicia en A.L., cuanto es más nítida y superior la vinculación de la causa de los pobres con la fe cristiana. Se trata aquí de una vinculación estrictamente teológica, que reconocieron en Puebla los Obispos católicos al identificarla como "la causa misma de Cristo... (Mt 25,40)" (Mensaje a los Pueblos de América Latina, fin del n. 3). No es menor ciertamente la vinculación con la fe de la libertad religiosa. Pero tal vez sí la de la defensa de los derechos de la Iglesia y ciertamente la de la defensa de la patria, sobre todo cuando hoy se historiza en el Estado moderno, tantas veces opresor de los pobres.

¿Por qué entonces las dudas? ¿Por qué en el índice analítico del Documento final de Puebla no podemos hallar la entrada "persecución" de la Iglesia, incluso cuando la reali-

dad y aun el nombre aparecen en el texto (nn. 92, 668 y 1138)? ¿Por qué el intento de acusar de vanagloria y aun de desequilibrio mental a mártires como Monseñor Romero? El reconocimiento del martirio es, en cambio, dato creyente en innumerables ambientes cristianos del pueblo de Dios, de modo semejante a como fue testimoniado en las antiguas Actas de los Mártires, de las que se ha podido decir teológicamente que "son más significativas que los discursos de los Apologetas o las especulaciones de los Alejandrinos, porque hacen escuchar la voz del pueblo cristiano, de la Iglesia, en testimonio de la fe" (Lex. f. Theol. u. k. VIII, 134).

Tal vez lo que hace tan tardo, al interior de varios sectores teológicos y pastorales de la Iglesia en A.L. y en otras partes, el reconocimiento de este martirio y de la persecución de la Iglesia, es el nuevo contexto en el que acontece. El hecho de que al cristiano, jerarca, religioso o laico, se le persiga por odio a la justicia, incluso mientras se invoca la fe o al menos la religión. El hecho de que les toque "ir recogiendo atropellos y cadáveres y todo eso que va dejando la persecución de la Iglesia", porque "sería triste que en una patria donde se está asesinando tan horrorosamente, no contáramos entre las víctimas también a los sacerdotes. Son el testimonio de una Iglesia encarnada en el pueblo".

No importa que sea doctrina tradicional de la Iglesia que "padece por Cristo no sólo el que padece por la fe en Cristo, sino también el que padece por cualquier obra de justicia por amor de Cristo" (Sto. Tomás, In Ep. ad Rom., c. V III, lect. 7); y que esta doctrina se encuentra recogida en los capítulos XI-XXII sobre el martirio de la obra canónica del Papa Benedicto XIV "Acerca de la beatificación de los siervos de Dios y de la canonización de los beatos" (cfr. Dict. de Théol. Cath. X-8, 223-233). Ni importa definitivamente que Jesús proclame felices a los perseguidos por causa de la justicia (Mt 5,10). El problema es que el martirio hoy en A.L. se da juntamente con un cambio de hogar en parte de la Iglesia: los mártires provienen de una Iglesia a la que el Espíritu sacude en su evangelización y conversión continua desde su opción por los pobres (cfr. Pueblan.

1147). Ello ha supuesto una migración eclesial desde el hogar de las élites de poder al de las masas oprimidas. El poder, sin embargo, otrora garante de la atmósfera en que la Iglesia respiraba, persigue y reprime a esas masas en su lucha por la justicia. No todos ven con la claridad de Romero la lógica de las opciones: "Fíjense que el conflicto no es entre Iglesia y gobierno. Es entre gobierno y pueblo. La Iglesia está con el pueblo y el pueblo está con la Iglesia. ¡Gracias a Dios!".

Es natural, es propio del orden de este mundo, para usar la terminología del Evangelio de Juan (cfr. Jn 16,11; 12,25), que los poderes predominantes hoy en la tierra no concedan a la lucha de los pobres por la justicia -a la que llaman "terrorismo"- el mismo estatuto de legitimidad que concedieron, p.e., a la resistencia de los pueblos europeos ricos contra los nazis. Pero es triste que esta naturalidad en el modo de enjuiciar la historia se convierta en prejuicio de legitimidad favorable a poderes estructuralmente opresores en muchos obispos de A.L. Los de Guatemala, p.e., han ido tan lejos como para reconocer como mártires a sus sacerdotes y catequistas asesinados. Pero aún no han cuestionado la legitimidad de un sistema que produce esos martirios y la victimación de comunidades enteras del pueblo, últimamente incluso justificándolo a través del evangelismo del Presidente de la República. Es posible que así la mayoría de los Obispos de Guatemala sobrevivan a esta tremenda hora del país. Pero ante Dios y ante la historia, ¿qué valdrá más? ¿Su silenciosa prudencia o el clamor del mártir Monseñor Romero, quien la víspera de su asesinato se atrevió a predicar así: "Yo quisiera hacer un llamamiento...a las bases de la Guardia Nacional, de la Policía, de los cuarteles. Hermanos, son de nuestro mismo pueblo, matan a sus mismos hermanos campesinos...Ya es tiempo que recuperen su conciencia y que obedezcan antes a su conciencia que a la orden del pecado...La Iglesia, defensora de los derechos de Dios...de la dignidad humana, de la persona, no puede quedarse callada ante tanta abominación. Queremos que el gobierno tome en serio que de nada sirven las reformas si van teñidas con tanta sangre... En nombre de Dios, pues, y en nombre de este sufrido pueblo cuyos lamentos suben hasta el cielo cada día más tumultuosos,

les suplico, les ruego, les ordeno en nombre de Dios: ¡Cese la represión!"? La respuesta puede iluminarse si se piensa que, en una época en que los líderes de las comunidades cristianas (obispos, presbíteros y diáconos) eran los primeros en ser llevados al martirio, las cartas pastorales del N.T. se atreven a afirmar: "Quien aspira al episcopado, no es poco lo que desea" (Tim. 3,1).

Ninguna sucesión apostólica lo es si no es sucesión apostólica al pie de la Cruz de Cristo. En medio del orden injusto y represivo de este mundo, el mundo de América Latina vinculado al mundo hegemónico del "norte", cabe recordar la memoria peligrosa de los mártires latinoamericanos de hoy, que hacen irrenunciable la única fecundidad cristiana a la que Jesús, el Señor, se refirió: "Si el grano de trigo cae en tierra y no muere, queda infecundo; en cambio, si muere, da fruto abundante. Quien tiene apego a la propia existencia, la pierde; quien desprecia la propia existencia en el mundo éste, la conserva para una vida sin término" (Jn 12, 24-25).

